



Te acepto
como eres

Corín Tellado

Marcela, hija única de una familia del sur de España y heredera de una enorme hacienda, parece destinada a seguir los deseos de su padre: casarse con David, el hijo de la poderosa familia vecina, y tener descendientes a los que dejar la herencia de ambas estirpes. Pero Marcela es una joven con otras inquietudes y decide, en contra de la voluntad de sus progenitores, ejercer de enfermera. En el hospital donde trabaja conoce a Lucas, un apuesto médico brasileño del que se enamora perdidamente. Una vez que sus padres aceptan la nueva situación, Marcela y Lucas se casan, pero su felicidad se ve enturbiada por dos grandes secretos que él esconde y que solo comparte con su querida esposa. Mientras tanto, David, arde en deseos de venganza...

Índice de contenido

Cubierta

Te acepto como eres

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Sobre la autora

No he de hacer distinción entre tirios y troyanos.

VIRGILIO

1

Marcela pensaba que un día u otro tendría que decirlo.

No era lógico ni soportable que siguiera callando, cuando una voz interior le indicaba que abordara el tema cuanto antes. Por otra parte, una fuerza íntima la empujaba rotundamente a ello.

Suponía cómo iba a ser acogida la noticia, cuando lo que esperaban de ella era una boda inminente con David Juncale de la Fuente.

A su madre la consideraba más humana, más comprensiva, pero, de cualquier forma que fuese, en aquel caso concreto estaría del lado de su marido, que, a fin de cuentas, era su padre.

La ocasión se presentó aquella mañana. Había tenido el día libre y se levantó tarde.

Su padre había vuelto del campo. Aún sentía Marcela el relincho del caballo, que había dejado en poder de un criado. Su madre, en cambio, se hallaba en la terraza, bajo una sombrilla de colores, haciendo punto, como todas las mañanas a aquella hora.

Marcela apareció enfundada en un pantalón blanco estrecho, una camisola a rayas blancas y negras de manga corta y muy holgada. Rubia, con unos ojos color canela con chispitas doradas, esbelta, muy atractiva, más que hermosa.

Con una clase especial, un aire más bien frío, distante, aunque quien la conociera bien sabía que era solo su apa-

riencia, pues estaba llena de sensibilidad y sencillez.

Su padre, el muy estirado señor Igualada de la Torre, aún enfundado en su traje de montar, con la fusta en la mano enguantada, erguido ante la balaustrada, dijo a su mujer, cuando ya Marcela se perfilaba en la puerta encristalada de la terraza:

—Un día, muy pronto, toda esa extensión que ves en torno, que se extiende hectáreas y hectáreas, será de los Igualada de la Torre y Juncal de la Fuente. Cuando las dos fincas sean una, no habrá ganaderos más poderosos en toda Europa. A propósito de eso, ¿hablaste con Marcela?

Al girar se topó con su propia hija, la cual aún no había visto ni siquiera a su madre.

—Ah, buenos días, hija, ¿qué tal has dormido? Le estaba diciendo a tu madre...

Marcela se acercó para besarle.

En realidad nada tenía que ver lo uno con lo otro.

Amaba a sus padres, pero... no estaba preparada para casarse. Por otra parte, necesitaba conocerse a sí misma en solitario.

Sabía que iba a darles un tiro de gracia.

Sabía que les iba a dañar.

Pero tampoco podía ella vivir en aquella incertidumbre.

Primero besó a su madre, que al verla levantó la cara, y después a su padre, que aún se hallaba de pie.

—Estábamos hablando de ti, Marcela.

—¿Sí?

—Siéntate. ¿Te pido el desayuno?

—He pasado por la cocina —dijo Marcela con sencillez— y he tomado un zumo y un café con tostadas. Remi me lo tenía dispuesto en la bandeja. Así le evité que me lo trajeran aquí.

—Marcela... te tengo dicho...

—Lo sé, mamá. Lo sé —imitaba su voz—. «No tomes nada en la cocina. No pases por allí. Los tiempos en que eras una niña han pasado ya. Ahora eres una señorita».

—¿Y no tiene razón tu madre, Marcela?

La joven se incrustó en un sillón y miró en torno con cierta desgana.

—No lo dudo, papá. De todos modos, si te movieras en un hospital tendrías muy poco en cuenta esas pequeñeces de raza, de clases, de...

—Basta, Marcela. Tienes que darte cuenta de que estamos disgustados. Eres una de las más ricas herederas de este país. Que te haya dado la chaladura de ser enfermera, es cosa tuya. Pero que, además, ejerzas, es ya el colmo.

—Además —apostilló la madre— es hora de que te cases. De que formalices tus relaciones. De que vayas pensando, incluso en tus futuros hijos.

Marcela pensaba que era un buen momento para hablarles de sus propósitos, pero no creyó oportuno hacerlo en la terraza y viendo a los criados yendo de un lado a otro. Imaginaba a su madre levantándose despavorida del sillón y a su padre levantando la fusta y prodigando gritos desahorados.

—Hay tiempo para pensar en eso —dijo.

Y se levantó.

* * *

Lucas Heredia la vio entrar y notó su desgana.

La apreciaba mucho. La tenía siempre de guardia con él. Les unía una fuerte amistad.

Él llegó a aquel hospital un año antes y empezó a intimar con ella. Marcela Igualada (para Lucas, lo de «Las Lagunas» le tenía sin cuidado) era una de las chicas más humanas, sensibles y responsables que él había conocido en el transcurso de su carrera.

—Eh, Marcela —llamó.

La joven miró aquí y allá, y cuando tropezó con Lucas avanzó resueltamente a su lado. Dentro de la bata blanca

aún parecía más diáfana, aunque aquel aire de frialdad era muy suyo y desconcertaba a los que la conocían, si bien no a Lucas, que creía conocerla mejor que nadie, aunque jamás profundizara.

Sabía, eso sí (pero a él le importaba un rábano), que era una rica heredera. Hija de un ganadero poderoso, novia del hijo de otro ganadero no menos poderoso y demasiado joven para tener un novio formal y en la antesala del matrimonio.

—Hola, Lucas —saludó sentándose enfrente de él.

—¿Qué tomas?

—Un café, como tú.

Lucas lo pidió por señas. La cafetería del hospital estaba desierta a aquella hora de la tarde. Las visitas reglamentarias ya habían terminado, y las privadas no pasaban por allí, pues había otra cafetería más preparada y mejor servida en el ala sur del edificio.

—He tomado la guardia ahora —dijo Marcela, sacando del bolsillo de la bata cajetilla y mechero—. Por lo visto volvemos a estar juntos esta noche.

—Durante todo el mes. Cada dos meses nos tocan las guardias de la noche.

El camarero les sirvió el café. Lucas Heredia lo pagó.

—Ojalá no haya mucho movimiento —dijo Marcela—. Esta noche no me siento con fuerzas para, por ejemplo, ver entrar por urgencias a personas muriéndose.

—Te sucede algo, ¿verdad?

Ella sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios.

—¿Me permites? —preguntó Lucas, y tomó otro para sí mientras encendía el mechero y le ofrecía lumbre a la joven—. Si quieres un confidente...

—Lo de siempre.

—Que no lo has dicho aún. ¿No es eso?

—Es que no sé cómo abordar el tema.

—A los dieciséis años, mi padre (no recuerdo a mi madre) me sentó enfrente de él y me dijo: «¿Qué vas a hacer,

Lucas? ¿Qué es lo que de verdad quieres hacer?». Y yo le dije: «Médico en España» —miró al frente con cierta nostalgia—. Me arregló los documentos en seguida. No volví a verle. Ese primer año de carrera aquí, en España, no fui de vacaciones. Mi padre no era un capitalista. Resultaba duro para él trabajar tanto para poder costearme los estudios. Yo me esforcé. Conseguí una beca especial y ayudándome con trabajos extra en un laboratorio le quité la tremenda carga que llevaba encima. —Sonreía con tibieza—. Nunca volví, porque a los dos años, cuando pensaba ir a verle, me dieron la noticia de su muerte. Jamás volví al Brasil. La situación ya sé que es distinta. Pero tú... tienes que pensar, muy pensado y muy reflexionado, en lo que realmente deseas.

Marcela removió el café con ademanes cansados.

—El hecho de que mi padre sea un ganadero poderoso no me conforma. En realidad... no me siento preparada para casarme, que es lo que mi padre quiere que haga.

—Pero tú, además, deseas emanciparte. Vivir sola, encontrarte a ti misma.

—¿No tengo todo el derecho del mundo? No soy propiedad de nadie, y hasta la fecha me han manejado como si lo fuera.

—Dilo así. Cuando me contaste que querías alquilar un apartamento y vivir sola, te aconsejé que hablases con ellos. Nada de deshacerte el coco, Marcela. Yo te hablé de mí mismo en ese tono y con esas palabras, para que entendieras lo difícil que es ser hijo de ricos. Mi padre no lo era; en cambio, me dejó obrar por mi cuenta. Quizá si hubiera poseído una gran plantación de café, me hubiera dicho: «Lucas, te vas a casar con fulanita. Te vas a poner al frente de la plantación. Te vas a fastidiar toda tu vida». Afortunadamente no poseía dinero; pero sí un gran sentido, de la responsabilidad como padre.

—Ellos no me obligaron jamás a ser novia de David.

—Por supuesto. Pero era el chico que tenías delante. El chico con el cual salías a todas partes. Cuando se tienen

diecisiete años y nada de experiencia, cuando el mundo es de color de rosa, cuando las gentes son todas angelicales, y si no lo son nos lo parecen, es fácil comprometerse, enamorarse, o pensar que se está enamorado.

—Yo no sé si lo estoy o no lo estoy, Lucas —se rebeló—. Al fin y al cabo solo tengo dudas. Unas dudas que a los diecisiete años ni me pasaban por la cabeza, pero que a los veinte me acucian y me persiguen. Y no me voy a casar con tales dudas. No voy a tolerar que se me aconseje.

—Tenemos toda la noche para discutir eso, Marcela —dijo Lucas levantándose—. Ahora debemos irnos.

Enfundados en sus batas blancas, dejaron atrás la cafetería para internarse en los pasillos y descender hacia la planta sexta, donde tenían su guardia en traumatología.

2

H abía pasado una noche agitada. Por Urgencias habían entrado heridos, atropellados en la vía pública, otros debidos a accidentes de tráfico, alguno que había intentado el suicidio. Casi de madrugada, Lucas hacía un café para los dos. El servicio de la noche era reducido. Solo dos auxiliares se hallaban ante las mesas de control en aquel trozo de planta, dos enfermeros pendientes de unos enfermos y ellos dos tomando el café que Lucas había hecho en un hornillo eléctrico.

Lo tomaban de pie, al tiempo que fumaban a pequeños intervalos.

—Será mejor que te enfrentes cuanto antes a la realidad, Marcela. Me agradezco a mí mismo saber tus cosas, pero saber a la vez que no te he inducido a nada concreto.

Marcela miró en torno con desgana.

—Fue el hospital. La vida que se respira aquí. Lo poco que vale la vida, Lucas. Lo poco que a veces significa.

—Lo raro es que te hayan dejado ser enfermera siendo quien eres.

Marcela sonrió.

—Me enviaron a colegios de superlujo, pero yo siempre accedía a cambio de ser médico.

—¿Médico?

—Y me quedé en enfermera. ¿Por qué? —se encogió de hombros—. Porque ellos lo prefirieron, ya que además de ser una carrera corta, pensaron que jamás me adaptaría.

Y me gusta. No solo me gusta, es que a través de todo esto me fui conociendo a mí misma.

—¿Y de ahí tus dudas?

—Puede que sí. Cuando les dije que deseaba ejercer se opusieron. Pusieron el grito en el cielo. Ya te lo he contado otras veces. David se puso como un energúmeno Pero yo conseguí lo que me proponía. Hubo sus más y sus menos. Quizá creyeron que me cansaría pronto y por eso accedieron. Llevo un año aquí, tanto como tú. Oye, ¿recuerdas el día que llegamos aquí los dos?

—Por supuesto. Nos conocimos en la cafetería. Teníamos cara de mochuelos. Yo venía de Madrid con una plaza ganada a fuerza de estudios. Tú, seguramente, recomendada.

—Algo así. Nos hicimos amigos en seguida. Recuerdo que tú me contaste parte de tu vida. Que eras brasileño, que habías hecho toda la carrera en España, que te sentías tan español como el que más y que deseabas ser un médico social, sin más que añadir. Un buen traumatólogo, pero social. Que detestabas la medicina privada, que era un comercio. Que...

—Que tenía veinticinco años y que para mí la medicina era lo importante.

Sonrieron.

—Tú —añadió Lucas— me dijiste muy poco, pero yo «sentí» que te gustaba ser mi amiga y que en el hospital éramos, por el momento, como dos aislados, porque no conocíamos a nadie.

—Más tarde te hablé de mis relaciones con David.

—No fue así, Marcela. Te vi en una sala de fiestas con él y al día siguiente te pregunté quién era.

—Es verdad. Me olvidaba de ese detalle.

—Llevo —dijo Lucas, sirviéndose otro café— un año en esta ciudad andaluza y estoy contento. Tengo amigos; tu amistad me enorgullece, y conozco gente. Ah, oye, ¿sabes que pregunté lo que me pediste que preguntara? Sí Marce-

la, lo de los apartamentos en el edificio donde yo vivo. Los alquilan amueblados, y hay dos. Dos libres. Uno que dejó la semana pasada un ingeniero, y otro que dejó un director de cine que estaba rodando aquí una película. No son caros. Tienen un precio acomodado a la situación actual. Con tu sueldo lo puedes pagar, suponiendo que tus padres se nieguen a ayudarte.

—Será un campanazo, Lucas. Pero tengo que hacerlo. Solo así sabré qué es lo que quiero en realidad.

—¿Lo hablaste ya con tu novio?

—No. Prefiero hacerlo primero con mis padres. De hacerlo con David, cizañaría a su padre y a los míos.

—De verdad, Marcela. ¿Tú le amas?

—¿No te das cuenta de que esa duda es lo que me obliga a obrar así, a desear la libertad absoluta, a emanciparme e independizarme? Va a ser un duro golpe, pero... tendré que hacerlo, a menos que me confunda ya para el resto de mi vida.

Lucas tomaba el café a pequeños sorbos.

—¿Quieres otro, Marcela?

—Sí, dame. ¿Qué hora es?

Y miró su reloj de pulsera.

—Las seis. Pronto aclarará.

Sonaron los timbres. Ellos dejaron las tazas de café y corrieron pasillo abajo.

Las auxiliares indicaban el tablero donde, intermitentemente, brillaba una luz.

—Es de la seiscientos ocho —dijeron.

Lucas y Marcela se adentraron pasillo abajo.

* * *

—Te llevo —dijo Marcela, saliendo al exterior y colgando el suéter por el cuello—. Te dejo en el centro de paso para el cortijo.

—Ando negociando un automóvil de segunda mano —
rio Lucas tranquilamente.

Era un joven alto, fuerte. De pelo negro y negros ojos. Moreno, de piel cetrina. A veces en sus ojos oscuros aparecía una nubecilla, pero pronto la hacía desaparecer con una sonrisa. Marcela siempre pensaba, de su buen amigo Lucas, que algo le inquietaba o le hacía tomar la vida con filosofía. Nunca le vio salir con chicas. La ciudad no era grande. Además, ella salía bastante del cortijo con su novio Salas de fiestas, cines, teatros, alguna que otra reunión social. Nunca lo encontró, salvo una vez, cuando al día siguiente él le preguntó quién era el chico que la acompañaba.

De eso hacía casi nueve meses; fue cuando ella empezó a hablarle de sus dudas, sus traumas, sus miedos a una equivocación con referencia a la estabilidad amorosa de toda su vida.

—En Madrid —siguió hablando Lucas, interrumpiendo así los pensamientos de Marcela— solíamos alquilar uno entre los estudiantes que habitábamos el mismo piso. Eramos cinco, y nos costaba poco dinero. Aprendí a conducir así. Pero las ganancias, hasta la fecha, no fueron como para darme el lujo de un automóvil.

Marcela conducía con mano segura su pequeño «cuatro plazas». Poseía otro auto, blanco, precioso, descapotable, pero jamás lo usaba para desplazarse al hospital. No le parecía prudente ni adecuado.

—Si te apetece —le iba diciendo Lucas— puedes ver de paso los apartamentos. El edificio está dividido para eso. Es moderno, confortable, pero pequeño, eso es verdad. En la cocina no caben dos personas, pero en nuestra situación es lo que menos se usa.

—Iré a verlos ahora si no estás cansado. Yo estoy rendida, pero...

—Pues cuando llegues al centro paras un momento y vamos a verlos. Yo vivo en la sexta planta. Los apartamentos vacíos están en la quinta.